

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 5, Diciembre 1996

De Maimónides a marranos: La gesta de Marcos Aguinis

Martha Paley Francescato

pp. 25-30

De Maimónides a marranos: La gesta de Marcos Aguinis

Martha Paley Francescato

EN 1970, el Premio Planeta de España fue otorgado por primera vez a una novela latinoamericana: *La cruz invertida*, del escritor argentino Marcos Aguinis. En 1991 Aguinis publica *La gesta del marrano*, que indudablemente marca el apogeo de su carrera como escritor. Esta carrera no ha sido fácil: las obras de Aguinis fueron siempre causa de polémica. Pero es importante destacar que esta polémica nace de una fundamental intolerancia y una gran incomprensión por parte de diversos sectores que están siempre dispuestos a criticar todo aquello que no cae dentro de sus parámetros ya delineados y de sus prejuicios arcaicos. En todos sus escritos, Aguinis se destaca precisamente por su inteligente y racional exploración de problemas que afectan al ser humano, sea éste judío o palestino, militar, escritor, cura. Aguinis expone y desarrolla conflictos para los que propone soluciones sensatas, pero también nos hace notar que estos conflictos nunca son de fácil y rápida resolución.

Con su ensayo *Maimónides, un sabio de avanzada*, publicado en 1963, Marcos Aguinis comienza una larga e ininterrumpida labor literaria. A continuación, destacaremos las obras que han causado mayor controversia en la gesta de este escritor, comenzando con la novela que lo lanzó a la fama y que mereció el

premio Planeta en 1970. *La cruz invertida* explora el mundo de la iglesia católica y su problemática. La acción se ubica en un país indeterminado de América Latina y presenta un microcosmos donde coexisten diversos grupos: oligarquía, estudiantes, comunistas, militares, prostitutas, clero. La Iglesia de la Encarnación pertenece “a una élite de impoluta y señorial dignidad” (p. 9).¹ La llegada de dos sacerdotes vanguardistas, Carlos Manuel Torres y Agustín Buenaventura, constituye el comienzo de un conflicto que culmina en una tempestad. Buenaventura es el cura mayor, resignado, que no ha podido luchar como hubiera querido; Torres, el joven idealista lleno de entusiasmo y de fe. Al principio, Torres atrae a los estudiantes y desconcierta al resto de la gente. Los comunistas no pueden aceptar las ideas de Torres, aunque éste predique igualdad, porque, como dice uno de ellos, por más que un fraile “quiera ser progresista, es un engranaje de la más vieja fuerza reaccionaria de la historia” (p. 10). Los oligarcas conservadores lo ven como una amenaza a su fuerza, basada en la riqueza que Torres condena. Por lo tanto, desde el comienzo Torres es causa de controversia: “para los comunistas es un simulador y para los conservadores es un comunista” (p. 13). Lo cierto es que Torres es un cura “diferente”; tiene dudas y contradicciones, un profundo sentido

Argentina, 1934. Doctorada en la Universidad de Illinois, 1970. Actualmente es profesora de literatura y cultura de Hispanoamérica en George Mason University (EE.UU.). Ha publicado *Bestiarios y otras jaulas* (1977), y numerosos capítulos, entrevistas y artículos sobre literatura latinoamericana contemporánea.

de justicia, y una sincera vocación. Al enfrentarse con el recelo y el rechazo de pobres y ricos por igual, debe admitir que “no es un hombre como los otros, está condenado a vivir solo y ofrecer al mundo una imagen triunfal de soledad desgarradora” (p. 105).

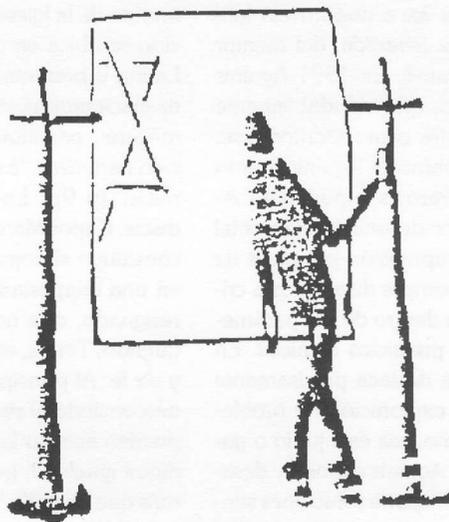
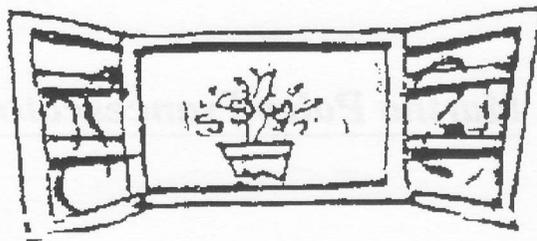
Los estudiantes encuentran en él una respuesta a sus propias dudas y ansiedades, ya que para muchos de ellos el comunismo no les ha proporcionado el estímulo que necesitaban. Olga Bello, hija de un importante dirigente comunista, se va alejando cada vez más de su padre, a quien admiraba y cuyas ideas compartía, cuando “ve” que su padre expresa esas ideas desde un púlpito especial, desde una posición económica privilegiada. La admiración que tiene por su padre, sin embargo, no le impide “colocarlo en aprietos, ponerlo seriamente a prueba y disfrutar de sus vacilaciones” (p. 90). Su padre la lleva a visitar a los pobres, a aprender a compartir su vida – sólo por unas horas, para después volver a las comodidades de su casa. La cocinera, Visitación, proviene de una “villa miseria” que Olga y su padre suelen visitar, donde los reciben con máxima cordialidad y afecto. Olga pregunta a su padre qué diferencia hay entre una sirvienta y los proletarios. El padre le responde con extrañeza: “ninguna”. Entonces, continúa interrogando Olga, “¿por qué Visitación no come en la misma mesa con nosotros?”. El padre tiene que pensar la respuesta y habla más de una hora para explicarse (p. 90). Estas contradicciones hacen que Olga, junto con otros estudiantes, se sienta atraída por las ideas del padre Torres. Su amigo Néstor Fuentes, que proviene de una familia de nuevos ricos, inmigrantes españoles que habían escapado de la España de Franco y ahora aspiran a ser “aceptados” dentro de la oligarquía ce-

rrada, no comparte la admiración de Olga por el cura. Néstor es totalmente escéptico; piensa que “los cambios no se logran con bondad ni persuasión. El más grande fracasado”, agrega, “es el mismo Jesús, cuya bondad lo llevó a juicio y cuya prédica lo condujo al Gólgota... Entre Dios y el dinero, sólo los idiotas elegirían a Dios” concluye (pp. 155-6). El cambio que ha visto en la conducta y en las convicciones de sus padres ha contribuido enormemente al escepticismo de Néstor. Ya no puede creer en nadie. Tanto Néstor como Gloria representan la juventud desorientada,

que busca soluciones y necesita una guía, pero que no sabe dónde puede encontrarlas ni a quién creer.

El reverendo padre Fermín Saldaño, tío de Torres y respetado eclesiástico, da consejos a su sobrino a lo largo de su carrera. Fermín Saldaño es la voz de la iglesia tradicional y conservadora; su incursión en la novela no es física sino epistolar. Sus cartas son la expresión del discurso reaccionario, en contraste con la acción física de su sobrino. Torres, que admira y respeta a su tío, termina por rebelarse contra su discurso que le quiere imponer normas hi-

pócritas inaceptables, que pretende hacerle retomar la “buena senda”. “No hubo cambio de sendas”, le escribe Torres a su tío, “sino una dolorosa toma de conciencia” (p. 221). Fermín Saldaño representa un sector del clero hipócrita, que manipula el discurso religioso para congraciarse con los poderosos, es decir, los ricos. Por ejemplo, en una de sus cartas a Torres le aconseja lo siguiente: “Ten siempre presente que ninguna autoridad católica ha negado el derecho natural de la propiedad privada. Por lo tanto, es un delito ir contra ella. Los cambios sociales que lleven a un mejoramiento o a una más justa distribución de



la riqueza no pueden alterar ese hecho. Se pecaría contra los Mandamientos de Dios. Los cambios sociales no deben pretender igualar a los hombres, porque, además de ser una utopía, ataca un hecho que proviene de la voluntad del Señor” (pp. 163-4).

Torres no puede aceptar esta hipocresía. Su dolorosa toma de conciencia y su rebeldía lo llevan inevitablemente ante un tribunal eclesiástico. Y entonces puede responder a su tío con un discurso directo pero desesperanzado a la vez: “No ingresé al servicio de Dios, es decir del hombre, de mi semejante, de mí mismo: ingresé al servicio de una poderosa organización que usa el nombre de Dios y a la que Dios contempla partirse porque sabe que su meollo es bueno y que luego de la tempestad volverá a crecer con hojas frescas y frutos limpios” (p. 222). Pero para volver a crecer debe ser podada primero: la tempestad se desata y arrasa con Torres. La cruz demuestra haber sido solamente una ilusión óptica: “esa cruz, en realidad, era una espada sostenida por el extremo de su hoja” (p. 8), como se había vaticinado al comienzo de la novela. Los militares hacen sentir la fuerza de sus botas, apoyados por la actitud reaccionaria de cierta jerarquía eclesiástica, cómplice de la represión.

Cuando Marcos Aguinis viajó a España con motivo del otorgamiento del premio Planeta a esta novela, se encontró en Cádiz con cinco curas, que llevaban ejemplares de *La cruz invertida* para que se los firmara, y para agradecerle lo que hizo para ellos con ese libro.² Pero también le mostraron la otra cara de la moneda: un artículo aparecido en *El Cruzado*, titulado “Alianza judeo-marxista contra el cristianismo: el último premio Planeta”. La novela no se había leído, porque el periódico era del mes de noviembre y el libro apareció a principios de diciembre. Pero por el solo hecho de saber que Aguinis era judío, los reaccionarios españoles conjeturaron la conspiración judeo-marxista. La revista *Esquiú*, que responde a la Curia argentina, envió un periodista que le hizo un reportaje al autor, y lo exhibió en la tapa con las diez personas más importantes del año. Unos dos meses después, consternados por el texto (ahora ya lo habían leído), publicaron un artículo que pretendía refutarlo sin entrar en contradicción con las apologías precedentes. Sostenía, jesuíticamente, que *La cruz invertida* realizaba un tratamiento simple de un tema complejo. Marcos Aguinis fue atacado por todas partes – por ser judío, por no ser un escritor “puro”, es decir, por no estar dedicado exclusivamente a la literatura. Si es médico, decían, toma la literatura solamente como un pasatiempo. Además, Aguinis era un individuo del “interior” y en la Argentina eso significa ser un individuo menor. Para colmo, era de Río Cuarto, ni siquiera capital de provincia. No tenía el respal-

do de nadie importante; era desconocido por los críticos. El que ganara un premio de repercusión internacional provocó una tremenda resistencia, hasta el punto de que en el resumen de la tarea literaria del año, un diario destacó que *La cruz invertida* era un libro sin mérito alguno, sin contenido, sin calidad literaria, cuyo éxito sólo benefició materialmente al autor.

Para Marcos Aguinis, estas críticas no fueron novedosas porque ya había experimentado otras con motivo de su novela *Refugiados: crónica de un palestino*, publicada en 1969, o sea un año antes. En esta obra, Aguinis trata de comprender (y hacer comprender) el largo y apasionado conflicto árabe-israelí. Escrita desde el punto de vista del palestino, es un intento de ponerse de su lado, mostrar su emoción, su lealtad y sufrimiento; imaginar el testimonio de su amargo destino. Hay un afán por encontrar una salida racional al conflicto, ese viejo e intrincado conflicto que en esta obra se transforma en una lucha de gemelos. El equilibrio exige que el autor se ponga en el lugar de la justicia adversaria. La tragedia es dura en los dos bandos y no se la puede entender ni resolver mientras se niegue la verdad de uno de ellos. El narrador, por lo tanto, debe tener respeto por la alteridad; debe reconocer y aceptar las diferencias humanas. El “otro” es diferente de uno, especialmente en el caso árabe-israelí, y esta diferencia no puede ser anulada, ni desconocida, ni atacada. Y la única manera de conocerla es viviéndola desde el interior del personaje, al que Aguinis transfiere su deseo de paz, su repugnancia por lo absurdo, estéril y frustrante de la interminable guerra. Así, se tiende un puente que une a los dos bandos; en el medio hay un espejo para que los dos puedan verse y reconocer que en el fondo son iguales. En ese momento es cuando se podría producir el viraje del **yo** especular al **yo** social, y pasar del Imaginario (el reino de las imágenes) al Simbólico (el reino del lenguaje, según Lacan), que hará posible la comunicación.

A través de la novela, se insiste en la “factibilidad de una cooperación entre árabes y judíos” (p. 101); se dice que “para un israelí, los árabes son parientes difíciles con quienes algún día terminará por amigarse” (p. 33). Esta fraternidad deseable se manifiesta en la relación que, a pesar suyo, el palestino entabla con Myriam Ben Aarón, joven israelí. Es una relación difícil pero posible. Cuando el palestino le dice a Myriam: “Entre nosotros hay murallas y no sabemos cuándo caerán”, ella le contesta con versos de al-Farid, el Sultán de los enamorados: “Por eso digo a través de las murallas ‘si no hay unión posible contigo, prométeme al menos a mi esperanza” (p. 177). En la novela, en efecto, no hay unión posible entre el pa-

lestino y Myriam, pero sí hay promesa de esperanza, apoyada por las palabras de Myriam: "Ningún pueblo comprendería mejor a los árabes que el judío" (p. 206). También ofrece una solución: "Un Estado palestino con mayoría árabe junto al Estado israelí con mayoría judía", repartiéndose el país "como tuvo que ser desde el principio, de no haber intervenido Gran Bretaña y los grupos reaccionarios árabes" (p. 207). Es fácil imaginar la recepción que tuvo esta obra, con sus propuestas de paz y comprensión inaceptables, en ese momento, para tantos; inclusive, muchos lectores judíos consideraron que la novela era antisemita. Estas críticas no son sólo injustificadas sino que están basadas en prejuicios personales y en posturas arbitrarias.

Otra de sus obras que fue también motivo de incompreensión es *Carta esperanzada a un general* (1983), donde por primera vez se hace un profundo y certero análisis de la **institución** militar, no sólo de los militares, y se expone un problema que ya abarca a todo el mundo y que lleva a privilegiar la fuerza del músculo por sobre la fuerza de la inteligencia.

La actitud conciliadora de Aguinis se demuestra en su constante esfuerzo por comprender, por hacer comprender aunque resulte doloroso, como lo es todo esfuerzo que nos hace enfrentar la realidad. Todo esto contribuye a desconcertar a algunas personas. Por ejemplo, en un seminario de literatura en Buenos Aires, aseguraron que Aguinis era un judío converso; en otro decían que era un ex seminarista. Con motivo del premio Planeta a *La cruz invertida*, un grupo quería hacerle un acto de homenaje. Cuando se enteraron del contenido de la novela, una importante delegación le explicó que no podrían hacerle el homenaje, porque tenían la impresión de que *La cruz invertida* cuestionaba a la iglesia católica. Por eso, cancelaron el homenaje y le rogaron que disculpara, que entendiera. . . ¿Disculpar qué? ¿Entender qué? ¿La integridad de un escritor que, en lugar de lanzar panfletos de propaganda demagógica, trata de buscar soluciones, derribar murallas, comprender al "otro"? Tal vez los que critican a Marcos Aguinis deberían prestar más atención a las palabras de Mahoma que sirven de epígrafe a *Refugiados*: "Di la verdad, aunque sea amarga. Di la verdad, aun contra ti mismo".

Estas palabras prefiguran lo que Francisco Maldonado da Silva decide hacer en *La gesta del marraño*. La poderosa atracción que esta obra ejerce en los lectores no depende del elemento de sorpresa, pues ya desde el comienzo sabemos que Francisco ha sido arrestado. Además, la novela está basada en hechos históricos que se pueden verificar, especialmente en la obra de Günter Böhm (1984). Esto, sin embargo,

no le quita mérito; existe todavía el elemento de suspense: queremos saber cómo y por qué Francisco es arrestado, ya que desde el comienzo es el que más se resiste a aceptar que su padre es "judaizante". Ni siquiera cuando arrestan a su padre (Francisco tenía entonces nueve años) y un año más tarde a su hermano mayor, piensa seguir sus pasos. Siente un enorme dolor por lo que ocurre, pero lo enfrenta consagrándose con mayor tenacidad a la religión católica y a las enseñanzas de los curas. Pero su vocación, y en esto sí se parece al padre, lo lleva antes de cumplir 18 años a estudiar medicina a Lima, donde por fin encuentra a su padre, avejentado pero vivo. A pesar de haber sido perseguido y juzgado por la Inquisición, el padre es admitido a la "reconciliación", término técnico para designar a los que abjuraban de sus "errores" judaizantes y volvían al seno abrazador de la Santa Madre Iglesia (Aizenberg, 1992, p. 70). Su padre tuvo que fingir arrepentimiento porque no podía tolerar el dolor causado por las torturas a las que lo sometieron. "El miedo es peor que la muerte", le confiesa a Francisco. Por eso lo dejan vivir, pero como indicio de su pasado debe usar por el resto de su vida un sambenito, túnica degradante y penitencial que proclama su condición de enemigo de la fe católica. Cuando su padre muere, Francisco "escapa" a Santiago de Chile, donde se convierte en un médico exitoso y apreciado. Pero pronto se da cuenta de que vive en hipócrita paz y decide asumir plenamente su condición judía. Es algo profundo que había querido ignorar, pero su intelecto no se lo permite. Si antes estaba avergonzado de su ascendencia y quería borrarla, ahora la proclama con orgullo y convicción, especialmente hacia el final, cuando debe enfrentarse al Tribunal del Santo Oficio. Durante casi trece años de encierro, los miembros del Tribunal no pueden en ningún momento hacerlo caer en trampas. Francisco no niega nada, al contrario: explica detalladamente lo que significa ser judío y por qué ha decidido volver a la religión de sus ilustres antepasados. Los inquisidores se encuentran ante un problema inédito, mezcla de injuria y franqueza: un acusado que no elude la gravedad de las preguntas ni la amenaza de los cargos. Tienen que admitirlo: "No oculta sus pecados, no niega su condición de judío, no intenta confundir a los jueces. Parece sincero" (p. 372). Por eso no lo pueden torturar, pero lo someten a la injuria de un calabozo miserable, enterrado en las cárceles secretas, sin decirle en ningún momento qué van a hacer con él, cuánto tiempo debe esperar, qué ha ocurrido con su esposa y con su hija. Los inquisidores creen que el tiempo va a "ablandarlo", pero Francisco es fuerte y su fe es profunda y sincera. Sabe que si se deja llevar por la desesperación, la falta de acción física y de lecturas, también su cerebro se va

a atrofiar. Decide entonces organizar sus días con la única actividad que aún no han podido quitarle: el pensamiento. El desafío del aislamiento es muy arduo; Francisco habla consigo mismo hasta el borde de la locura; sabe que puede llegar el momento en que no se aguanta más. Es cuando se pierde la esperanza, y esto es lo que busca la Inquisición. Lenta y trabajosamente “fabrica” páginas con harina y agua en las que escribe con carbón diluido, y aprende el código de golpes en los muros que usan los prisioneros para comunicarse entre sí. En una ocasión decide que no les va a dar a sus opresores la satisfacción de matarlo y comienza un ayuno. Los carceleros se dan cuenta sólo al cabo de 80 días. Pero también por propia decisión lo termina y vuelve a recuperar la salud. Ahora tiene otra idea – una misión: con hojas de choclos que pacientemente va juntando construye una larga cuerda, consigue sacar un barrote de la ventana y por las noches, burlando la vigilancia de los carceleros (por poco tiempo, sin embargo), aparece en las celdas de otros prisioneros para alentarlos y convencerlos de que no deben darse por vencidos ni renunciar a sus creencias.

La acción ahora se precipita hacia el gran Auto de Fe de 1639 con que culmina la angustiada espera, y que parece un espectáculo pagano y grotesco más que religioso. Cuando lo llevan a la hoguera, Francisco Maldonado da Silva no habla ni llora. En torno a su cuello ha atado los dos libros que ha podido escribir esforzadamente en la prisión. Muere con una nueva identidad –ha decidido cambiar su nombre a Elí Nazareo (Elí es el nombre del profeta que combatió a los ídólatras de Baal y significa “Dios mío” en hebreo; Nazir, Nazareo, es quien se consagra al servicio del Señor)–, con heroísmo y con dignidad.

Como en *La cruz invertida*, Aguinis solamente condena a un sector de la Iglesia, a los que usan la cruz como instrumento de tortura, a los que asesinan a los judíos blandiendo tras ellos la cruz como una espada retinta de sangre (p. 433). Francisco pregunta a sus jueces: ¿Murió en la cruz algún inquisidor? ¿un arzobispo? ¿un papa? La única respuesta es una exclamación de pasmo y horror. El jesuita Andrés Hernández, representante del sector piadoso de la Iglesia, lo visita periódicamente en la cárcel y trata de mantener una discusión personal; lo quiere ayudar y hacia el final le implora de rodillas que se arrepienta; haciéndolo conseguirá que al menos lo quemem **después** de matarlo. El jesuita siente compasión y también verdadera admiración por Francisco, por su inteligencia, por sus conocimientos. Son estos conocimientos los que han ayudado a Francisco a encontrar su “verdad”, y son parte de la tradición familiar. Su padre había concebido la idea de una escuela para

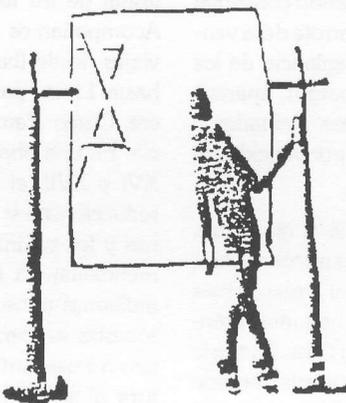
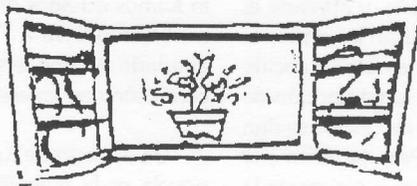
su familia cuando todavía vivían en Ibatín (San Miguel de Tucumán), y les repetía a los desparejos estudiantes: “El conocimiento es poder. Es un extraño poder que no se compara con el acero, ni la pólvora, ni el músculo. Quien conoce es poderoso” (p. 17). El severo fray Antonio Luque no opinaba de igual forma y le replicaba a Diego Núñez da Silva que “el conocimiento es soberbia. Por querer engullir el conocimiento fuimos echados del Paraíso”. Pero si bien este conocimiento lleva a Francisco a un fin trágico, lo ha ayudado a conocerse, a encontrarse, a aceptar su condición con entereza y lucidez.

Un aspecto de fundamental importancia en esta novela es la magnífica recreación del ambiente de la época. Nos da una penetrante y detallada imagen visual de los lugares, las comidas, las costumbres. Acompañamos a la familia en las peripecias de los viajes desde Ibatín a Córdoba, y luego a Francisco hasta Lima, pasando por Potosí, Chuquisaca, Sucre, Cuzco. Pero hay algo de aún mayor trascendencia. En una obra cuya acción transcurre en los siglos XVI y XVII, el autor pecaría de ofrecer una visión reduccionista si se limitara a describir las persecuciones y los sufrimientos que padecían los judíos y no mencionara a los otros dos grupos oprimidos: los indígenas y los negros, hacia los cuales Aguinis demuestra su compasión, haciendo notar que pertenecen a razas antiguas que perdieron parte de su cultura al ser conquistadas y dominadas por poderes colonialistas. La novela condena vigorosamente el sistema de la mita y el tratamiento que se les daba a los indios. A través del indio José Yaru, narra cómo llegaron hombres blancos montados a caballo que impusieron su dominio y ordenaron perder la memoria: que los indios cambiasen sus nombres tradicionales por los feos nombres españoles, que enterrasen sus muertos junto a las iglesias en vez de guardarlos con semillas de maíz en confortables tinajas de barro, y que se arrodillasen frente a un muñeco clavado en un palo. La “guerra familiar” de José Yaru es la guerra de la familia indígena de esta porción del mundo contra la familia usurpadora que llegó de ultramar (p. 175). Luis es el esclavo negro que la familia de Francisco había comprado en Tucumán, pero el padre no lo trata como esclavo, lo hace su ayudante. Esta acción es objeto de escándalo, como era de esperarse. Luis le narra a Francisco cómo lo “cazaron” cuando era pequeño, cómo lo ataron y lo pusieron con miles de otros como él en la bodega de un navío negrero donde cada tres días los sacaban a tomar aire y comer harina, sentados en círculo bajo el silbido perpetuo del látigo (p. 147). Cuando morían, se los arrojaba al mar. Sus cadáveres formaron un tapiz submarino entre Africa

y las Indias. Ellos no tenían un fray Bartolomé de las Casas que los defendiera.

Es obvio que Aguinis siente una atracción especial por el gran sabio Maimónides. Dejándose arrastrar por el juego lúdico de las coincidencias, explica su temprana identificación de esta manera: "ambos nacimos en el mismo año (1135 y 1935, separados por el delgado tabique de ocho centurias); nacimos también en la misma ciudad (Córdoba, separados por el hilo de un océano); somos simultáneamente médico y escritor; escribimos en otra lengua que no es hebreo" (Paley Fran-

cescato, 1985, p. 60). En *La gesta del marrano*, Diego Núñez da Silva le explica a su hijo Francisco que el juramento de Hipócrates es el más antiguo, el que impone dignidad a la profesión médica, pero no es el más correcto. Existe otro que él prefiere porque conmueve, despierta, dispone a emprender la tarea diaria con fuerza y lucidez: es el de Maimónides (p. 226). Para Marcos Aguinis, Maimónides es el sacerdote de los oprimidos; para nosotros, Marcos Aguinis es el defensor de los oprimidos, el cronista contemporáneo que da voz a los que no la tienen o que están demasiado débiles para hacerse oír.



NOTAS

- 1 En adelante, citaré de acuerdo a las ediciones señaladas y me limitaré a colocar el número de la página junto al texto citado.
- 2 Todas las observaciones y comentarios de Aguinis sobre la reacción a sus obras se encuentran en mi entrevista de 1985.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Aguinis, Marcos (1963). *Maimónides, un sabio de avanzada*. Buenos Aires: Instituto Científico Judío.
- (1969). *Refugiados: crónica de un palestino*. Buenos Aires: Planeta.
- (1970). *La cruz invertida*. Buenos Aires: Planeta.
- (1976). *Maimónides, sacerdote de los oprimidos*. Buenos Aires: Biblioteca Popular Judía.
- (1983). *Carta esperanzada a un general*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta.
- (1985). "De la legitimación apologética a la crítica reparadora". *Hispanamérica* 42, pp. 57-64.
- (1991). *La gesta del marrano*. Buenos Aires: Planeta.
- Aizenberg, Edna (1992). "Las peripecias de una metáfora: el sefaradismo literario judeo-argentino". *Raíces* 2, pp. 67-70.
- Böhm, Günter (1984). *Historia de los judíos en Chile. El bachiller Francisco Maldonado da Silva*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Francescato, Martha Paley (1985). "Entrevista con Marcos Aguinis". *Revista de Estudios Hispánicos* 1, pp. 117-38.